

por las obras del arte. Se hallaba situada en una amena llanura, al pié de una elevada y fragosa montaña, flanqueada por dos rios, que corrian á corta distancia uno del otro, orillados de enormes rocas. Una espesa muralla de cal y canto, de veinte piés de alto y doce de ancho, la circundaba, mostrando por todas partes un sólido parapeto de tres piés de altura. Para entrar, solo habia cuatro puertas estrechas, practicadas en los puntos por donde las extremidades de la muralla se doblaban, formando dos semicírculos (1). Conociendo la importancia de la posicion, el emperador mejicano aumentó considerablemente la guarnicion, y envió además un ejército formidable al mando de sus mas entendidos capitanes, con objeto de impedir el paso por aquel punto á los españoles hácia la capital, en caso de que lo intentasen.

El señor de la ciudad, anhelando sacudir el yugo de los mejicanos, envió una embajada á Hernan Cortés, protestando vasallaje al rey de España. Era uno de los que habian jurado fidelidad á la corona de Castilla, cuando Moctezuma llamó á la corte á la nobleza y jefes de las provincias para que prestasen su obediencia al monarca español delante del caudillo de la expedicion. Los embajadores manifestaron el deseo que animaba á su señor, lo mismo que á la ciudad entera, de hacer pública su adhesion á los hombres blancos. Si no lo habian hecho, no era por falta de volun-

(1) «Y toda la ciudad está cercada de muy fuerte muro de cal y canto, tan alto, como cuatro estados por defuera de la ciudad; é por de dentro está casi igual con el suelo. Y por toda la muralla va un pretil, tan alto como medio estado, para pelear; tiene cuatro entradas, tan anchas, como uno puede entrar á caballo.»—Seg. carta de Cortés.

tad, sino porque se veian supeditados por una fuerte guarnicion mejicana. Habian ido, por lo mismo, á hacer presente su fidelidad, y á suplicarles que les libertase, lo mas pronto posible, de la dependencia de la corona azteca. Pintaron, con vivo colorido, los ultrajes que les prodigaban los mandarines del imperio; las terribles exacciones que sufrían, y el desprecio con que les trataban. Dijeron que vivían sin garantía de ninguna especie; que les quitaban su hacienda, sus mujeres y cuanto despertaba la codicia de sus dominadores. Hecha la historia de las vejaciones de que eran víctimas, hicieron saber á Cortés que el número de tropas mejicanas que habia en la ciudad y en los alrededores ascendia á treinta mil hombres. Se ofrecieron á conducir al ejército español por un camino oculto á la vista de los escuadrones aztecas, hasta presentarse delante de la ciudad; y prometieron cooperar al éxito de la empresa, sorprendiendo en sus alojamientos á los capitanes y principales personajes mejicanos que estaban en la poblacion, en los momentos que los cristianos se dejasen ver (1).

Hernan Cortés aceptó gustoso la proposicion. Emprendedor y activo, destacó inmediatamente una fuerza de doscientos infantes españoles, trece jinetes y treinta mil aliados. La campaña la confió al valiente capitán Cristóbal de Olid, y el ejército marchó guiado por los mismos mensa-

(1) «E que algunos hobieran venido á se ofrecer á su real servicio si aquellos no lo impidiesen», (los mejicanos); «é que me lo hacian saber para que lo remediase, porque demás del impedimento que era á los que buena voluntad tenían, los de la dicha ciudad y todos los comarcanos recibían mucho daño. Porque, como estaba mucha gente junta y de guerra, eran muy agraviados y maltratados, y les tomaban sus mujeres y haciendas y otras cosas; y que viese yo qué era lo que mandaba que ellos hiciesen, y que dándoles favor, ellos lo

jeros de la ciudad. El paso de las tropas expedicionarias por Cholula y Huexotzinco, fué una continua ovacion de sus habitantes á los españoles. Leales se manifestaron como los tlaxcaltecas á la corona de Castilla, desde que se declararon súbditos de ella, y todos anhelaban formar parte de las tropas auxiliares que marchaban contra las fuerzas del imperio mejicano. El extraordinario afán de los choluleses y huexotcincas en agregarse al ejército, produjo en el ánimo receloso de los soldados de Narvaez, vehementes sospechas. Temieron que se les hubiese tendido un lazo para caer sobre ellos cuando se hallasen á las puertas de Quauhquechollan, y comunicaron sus recelos á Cristóbal de Olid. El valiente capitán meditó un instante; pero no queriendo dar entrada á ninguna sospecha, continuó su marcha.

Cuando las tropas llegaron á una poblacion que distaba tres leguas de Quauhquechollan, Cristóbal de Olid mandó hacer alto para que descansasen. Lo soldados y oficiales pertenecientes á la expedicion de Narvaez, volvieron á indicarle que abrigaban fuertes sospechas de que los jefes huexotzincas que iban con las fuerzas auxiliares, se hallaban de acuerdo con los mejicanos. Dijeron que, confinando Quauhquechollan con la república de Huexotzinco, los habitantes, para evitar que los escuadrones mejicanos

harian.» Y fué el concierto, que los llevarian por parte que no fuesen sentidos, é que despues que llegasen junto á la ciudad el señor y los naturales della, y los demás sus vasallos y valedores, estarian apercebidos y cercarian los aposentos donde los capitanes estaban aposentados, y los prenderian y matarian antes que la gente los pudiese socorrer; é cuando la gente viniese, ya los españoles estarian dentro la ciudad, y pelearian con ellos y los desbaratarian.»—Segunda carta de Cortés.

allí situados, les hiciesen daño, podian haberse confederado para destruir á los españoles.

Casi al mismo tiempo que los de Narvaez hacian presente sus temores, fueron á ver á Cristóbal de Olid algunas personas de la poblacion. Las noticias que comunicaron al capitán castellano, dieron fuerza y visos de verdad á los recelos manifestados por sus compatriotas. Mostrándose adictos á la corona de España, aconsejaron á Olid que sospechase de los habitantes de Huexotzinco, pues se habian confederado con los de Quauhquechollan y los mejicanos, para conducirles á la celada que habian dispuesto.

Cristóbal de Olid dió entonces entrada á la desconfianza, y procuró adquirir informes. Las pesquisas hechas le persuadieron de que existia una traicion; puso inmediatamente presos á los jefes principales de Huexotzinco y á los mensajeros de Quauhquechollan, contramarchó á Cholula y les envió con buena escolta á Hernán Cortés, dándole cuenta de lo que habia ocurrido (1).

El caudillo español se manifestó disgustado de la conducta observada con sus fieles aliados y les trató con las mas distinguidas consideraciones. Comprendió que debia existir en aquel informe algun error, nacido de mala in-

(1) «Y en un pueblo de la dicha provincia de Guasucingo diz que dijeron á los españoles que los naturales desta provincia estaban confederados con los de Guacachula y con los de Culúa, para que debajo de aquella cautela llevasen á los españoles á la dicha ciudad... Y el capitán que yo enviaba con ellos hizo sus pesquisas como lo supo entender, y prendieron todos aquellos señores de Guasucingo que iban con ellos, y á los mensajeros de la ciudad de Guacachula, y presos con ellos se volvieron á la ciudad de Churustecal... y desde allí me enviaron todos los presos.»—Seg. carta de Cortés.

teligencia, y procuró averiguar la verdad. Valiéndose de los intérpretes Gerónimo de Aguilar y Marina, habló largamente con los acusados, y despues de examinar con delicada atencion el asunto, se convenció de que eran inocentes de la acusacion que se les hacia; vió en ellos la buena fé y la rectitud, y conoció que las desgracias sufridas en Méjico, habian vuelto recelosos á sus compatriotas. Hernan Cortés procuró hacerles olvidar el disgusto recibido por la injusta sospecha de su capitan y les obsequió con valiosos regalos.

No queriendo confiar ya á nadie la importante y delicada empresa acometida, partió inmediatamente hácia Cholula para ponerse al frente de la expedicion. En su compañía marcharon satisfechos y agradecidos los mensajeros y los jefes huexotzincas.

El caudillo español encontró á sus compatriotas abrigando los mismos temores de traicion; pero les convenció de error, y la marcha se emprendió á las pocas horas de haber llegado. El ejército se componia de trescientos castellanos y de numerosas tropas tlaxcaltecas, cholulesas y huexotzincas.

Dicho queda que el señor de Quauhquechollan habia convenido con Hernan Cortés, por medio de sus mensajeros, en asaltar á mano armada las habitaciones de los jefes mejicanos y prenderles ó matarles en los momentos que se avistasen los españoles.

La promesa fué cumplida. En el instante en que el ejército del jefe castellano se dejó ver, los habitantes de la ciudad, contando ya con su apoyo, se arrojaron de repente sobre las casas de los jefes aztecas, trabándose una

lucha reñida. La guarnicion mejicana corrió en defensa de sus jefes, y la lid se hizo general en todas las calles. El caudillo español se acercaba á toda prisa á la ciudad en auxilio de los valientes vecinos. Parte de éstos salieron á su encuentro cuando se hallaba á pocas varas de la poblacion, y le presentaron cuarenta oficiales que habian hecho prisioneros. El combate seguia entre tanto en las calles de la poblacion. Uno de los puntos en que mas sangrienta se habia hecho la lucha, era el alojamiento en que se hallaban los principales capitanes mejicanos con algunas fuerzas. Mas de tres mil hombres de la poblacion habian cercado el aposento por todas partes y le daban terribles asaltos. Sin embargo, no lograban apoderarse del punto. El edificio era fuerte, y los mejicanos, dice Hernan Cortés, «combatian como héroes» (1).

Hernan Cortés, guiado por los habitantes de la ciudad, llegó al sitio disputado. Un grito de alegría dejaron escapar los que rodeaban el edificio al ver á los hombres blancos. El general español, poniéndose á la cabeza de los suyos, acometió con ímpetu terrible y penetró en los aposentos. Millares de guerreros aliados invadieron entonces el edificio, matando á todos los mejicanos que encontraban. Hernan Cortés anhelaba que no matasen, sino que hiciesen prisioneros á los notables jefes aztecas, para adquirir noticias del estado de la capital y de los sucesos operados en ella, pero no logró su deseo. Los habitantes de la ciudad, deseando vengarse de las vejaciones sufridas, á nadie

(1) «No les podian entrar el aposento, porque demás de pelear ellos como valientes hombres, el aposento era muy fuerte.»—Seg. carta de Cortés.

perdonaron, y solamente pudo saber algo de uno que se hallaba cubierto de heridas (1).

Tomado el punto mas fuerte y pasados á cuchillo los jefes y soldados que lo defendian, las demás tropas de la guarnicion salian huyendo de la ciudad, perseguidas por los tlaxcaltecas y vecinos de la poblacion.

En aquellos momentos, el ejército mejicano, que se hallaba en las alturas inmediatas á la ciudad, llegaba á los suburbios de ella en auxilio de sus compatriotas. Deseando medir sus armas con sus contrarios, se formó en batalla. «Eran», dice Cortés, «mas de treinta mil hombres; lucida y arrogante gente, como ninguna hasta entonces habian visto, ostentando bellos penachos de vistosas plumas, bruñidas alhajas de oro y plata, rica pedrería y delicadas joyas (2). Varios escuadrones, avanzando hasta las puertas de la ciudad, habian puesto fuego á las casas inmediatas. Avisado Hernan Cortés de la proximidad del ejército azteca, corrió al sitio del incendio, y poniéndose al frente de la caballería y de las tropas auxiliares, obligó á retroceder á los guerreros mejicanos. Entonces dió principio á una batalla campal. Los aztecas, queriendo atraer á sus con-

(1) «Y entró tanta gente de los naturales de la ciudad, que en ninguna manera los podiamos socorrer, que muy brevemente no fuesen muertos; porque yo quisiera tomar algunos á vida, para me informar de las cosas de la gran ciudad, y de quien era señor despues de la muerte de Mutezuma, y de otras cosas; y no pude tomar sino á uno mas muerto que vivo, del cual me informé.»—Seg. carta de Cortés.

(2) «Que casi á una sazón llegaron los que salian huyendo de la dicha ciudad y la gente que venia en socorro á ver qué cosa era aquella; los cuales eran mas de treinta mil hombres y la mas lucida gente que hemos visto, porque traian muchas joyas de oro y plata y plumajes.»—Seg. carta de Cortés.

trarios á un punto ventajoso, fueron retirándose poco á poco y combatiendo siempre, seguidos de cerca por los tlaxcaltecas, choluleses y huexotzincas. Al llegar al sitio que anhelaban, hicieron alto, recibiendo á las tropas enemigas con un diluvio de flechas. Por largo rato resistieron el empuje de las tropas aliadas; pero acometidos, de repente, por la caballería, á cuyo frente iba el jefe español, se desordenaron sus filas. Una nueva carga acabó de introducir la confusion, y poco despues huian, dominados de terror, hácia una sierra, tomando una áspera cuesta, perseguidos siempre por la caballería y las tropas auxiliares. La subida era penosa, y los que huian, lo mismo que sus perseguidores, apenas podian respirar de fatigados. «Al acabar de subir la sierra, dice Hernan Cortés, ni unos ni otros podian dar un paso, y muchos mejicanos cayeron muertos, rendidos por la fatiga y asfixiados por el calor, sin haber recibido herida ninguna» (1). En aquellos angustiosos momentos, para los aztecas, llegaron tropas auxiliares de refresco, que continuando la persecucion, hicieron espantoso estrago en los fugitivos. Dominadas las tropas de los nativos, de antiguos odios contra los mejicanos, y deseando vengar agravios que recordaban con indignacion, no daban cuartel á nadie, y el infeliz que caia rendido de fatiga, era traspasado por las flechas de sus perseguidores. Así «en muy poco tiempo, dice el jefe español, se vió el campo vacío de vivos, pero bastante ocu-

(1) «Alanceando muchos por una cuesta arriba muy agra, y tal, que cuando acabamos de encumbrar la sierra, ni los enemigos ni nosotros podiamos ir ni atrás ni adelante; é asi cayeron muchos dellos muertos y ahogados de la calor, sin herida ninguna.»—Segunda carta de Cortés.

pado de muertos» (1). Sin encontrar resistencia en ningún punto, las tropas llegaron al sitio en que los mejicanos habían formado sus cuarteles al situarse en la cumbre de la escabrosa sierra. Nadie había en ellos. Los aposentos que en tres puntos habían levantado, y que parecían tres poblaciones próximas, los abandonaron precipitadamente. Los numerosos escuadrones auxiliares se lanzaron al interior de los amplios alojamientos de madera, ávidos de pillaje y de venganza. El botín fué rico y abundante. Los jefes aztecas y los nobles personajes del imperio, habían marchado á campaña con la pompa que la nobleza acostumbraba, llevando con sus numerosos esclavos, ricos vestidos, joyas, pedrería, mantos, preciosos petos y escudos hechos con láminas de oro, y otros artículos que constituían el lujo de la grandeza. Todo lo habían abandonado en su precipitada fuga; y el suelo se hallaba cubierto de ricos despojos. Las tropas auxiliares que se habían reunido allí en número de más de cien mil hombres, se arrojaron sobre los despojos, como el buitre sobre su presa; se apoderaron de todo, y luego prendieron fuego á las habitaciones, quedando reducidas en breves instantes á ceniza (2).

(1) «Porque ocurrieron muchos indios de los amigos nuestros, y como iban descansados, y los contrarios casi muertos, mataron muchos. Por manera que en poco rato estaba el campo vacío de los vivos, aunque de los muertos algo ocupado.»—Segunda carta de Cortés.

(2) «Y llegamos á los aposentos y albergues que tenían hechos en el campo nuevamente, que en tres partes que estaban, parecía cada una de ellos una razonable villa; porque demás de la gente de guerra, tenían mucho aparato de servidores y fornecimiento para su real; porque, según supe después, en ellos había personas principales; lo cual fué todo despojado y quemado por los indios nuestros amigos, que certifico á V. S. M. que había ya juntos de los dichos nuestros amigos más de cien mil hombres.»—Segunda carta de Cortés.

Alcanzada la victoria y recogidos los ricos despojos, el ejército aliado volvió á la ciudad, donde Hernán Cortés fué recibido con entusiastas aclamaciones por los habitantes.

El señor de ella, que siempre se había manifestado parcial de los españoles, pasó á la habitación que había destinado al jefe castellano, donde fué recibido por éste con manifestaciones de alto aprecio.